

## “El Ingenioso Hidalgo”

y

## “El Examen de Ingenios”

Qué debe Cervantes al Dr. Huarte de San Juan

Cuando hace ya tiempo leí por vez primera *El Examen de Ingenios*, de Huarte de San Juan (1), movió no poco mi curiosidad el parentesco que me parecía descubrir entre la doctrina de este singular libro y algunos pasajes del *Quijote*. Supuse desde luego que en los comentarios quijotescos se habrían tomado en cuenta aquellas coincidencias; por lo que hube de sorprenderme al no encontrar en ellos apenas tina alusión, ni aun entre los fértiles glosarios de Rodríguez y Marín.

Fué algún tiempo después cuando topé con el opúsculo de Salillas dedicado al mismo asunto (2). Y quiero hacer notar que esta lectura fué posterior, no por afán de originalidad, sino por rechazar cualquier suposición de haber sido sugestionado por ella en mis apreciaciones. El capítulo que aquí publico forma parte de una amplia monografía en que estudio al insigne médico y psicó-

---

(1) Portada de la edición príncipe de 1575: «*Examen / De ingenios, Para las sciencias. / Donde se muestra la diferencia de ha | bilidades que ay en los hombres, y | el género de letras que a cada vno res | ponde en particular / Es obra donde el que leyere con atención hallara la manera de su ingenio, y sabra escoger la scien | cia en que mas ha de aprouechar; y si por o e | tura la vulere ya professado, entendera si atino a la que pedia su habilidad | natural. / Compuesta por el doctor Iuan huarte de sant juan, natural de sant Iuan del | pie del puerto. / Va dirigida a la Magestad del Rey don Philippe / nuestro señor Cuyo ingenio se declara, exe | plificando las reglas, y preceptos desta | doctrina. / Con preuilegio Real de Castilla. y de Aragon: / Con licencia impresso en Baeça, en casa de | Iuan baptista de montoya.*»

(2) Salillas Rafael: *Un gran inspirador de Ceroantes. El doctor Juan Huarte y su Examen de Ingenios, Madrid, 1905*

logo navarro y a su libro; y me he decidido a adelantarlo en la publicación precisamente por el silencio con que se ha preterido entre los cervantistas el citado opúsculo de Salillas (3). Acaso han dado a ello pie las exageraciones del mismo autor, pues en ciertos casos despuntó de sutil y quebró el asunto por aguzarlo demasiado, y, en cambio, despistáronseles argumentos de gran fuerza; pero la tesis central no pierde por ello su real valor. Y si aspiramos a una perfecta noticia de nuestra historia cultural y de sus grandes figuras—como son las dos que aquí nos ocupan—no podemos pasar por alto cualquier rastro de sus dependencias o coincidencias.

Vamos, pues, a investigar si Cervantes utilizó en sus obras la del Dr. Huarte de San Juan, y en qué grado, y si lo fué no sólo episódicamente, sino en manera que toca al nervio mismo de sus creaciones, aunque sea accidentalmente. Nos atendremos más de propósito al análisis del *Quijote*; las varias huellas que descubramos en otros escritos del Príncipe de nuestros ingenios corroborarán las conclusiones del estudio principal.

## I

La boga que adquirió en su época *El Examen de Ingenios* es mucho mayor de lo que pueden juzgar, no ya cuantos ignoran la existencia de tan excepcional libro, sino hasta los mismos que lo conocen y aprecian. De mi mano tengo anotadas cerca de setenta ediciones, después de descartar algunas inexistentes que todavía se enumeran. Antes de salir a sus aventuras *El Ingenioso Hidalgo*, había obtenido *El Examen de Ingenios* diez ediciones en castellano y otras tantas en otros idiomas. No interesó por desgracia en los medios universitarios y gubernativos españoles cuanto hubiera sido de desear para bien de la cultura; pero se leyó bastante, y de

---

(3) En Bonilla y San Martín encuentro las siguientes líneas: «En 1905 el ilustre criminalista D. Rafael Salillas publicó un interesantísimo libro acerca de las relaciones que median entre el insigne autor del *Quijote* y el eximio doctor Juan Huarte de San Juan, a quien se debe el curioso tratado *Examen de ingenios para las ciencias*. Estas relaciones de Cervantes con Huarte fueron ya vislumbradas por Federico de Castro en su folleto: *Ceroantes y la filosofía española*, pág. 24-29, y por D. Miguel de Unamuno, en las jaculatorias que constituyen su *Vida de Don Quijote y Sancho según Miguel de Cervantes Saavedra*, Madrid, 1995, pág. 11-15 y 299. Aprovecho la oportunidad para advertir que la variación de estilo que observa el Sr. Salillas en los discursos sobre el amor, contenidos en el libro cuarto de la *Galatea*, no obedece por completo a que Cervantes estuviese influido por Huarte, sino a que copia, a veces con las mismas palabras, la doctrina expuesta en los *Diálogos de amor*, de León Hebreo, a quien cita, juntamente con Cristóbal de Fonseca, *Del amor de Dios*, en el prólogo de la primera parte del *Quijote*. Cfr. nuestro *Luis Vives*, pág. 684-685.

su influjo en la literatura tenemos textos curiosos que nos entenderán en otra ocasión. Cervantes, quien, por propia confesión, era «aficionado a leer, aunque sean los papeles rotos de las calles» (3 bis), no pudo desconocer libro de tan raro éxito editorial en el campo filosófico, cuyo solo título era una golosina. Y una vez conocido, él, dotado de tan viva perspicacia psicológica, espíritu tan nuevo y tan abierto, se complació en el arrojamiento mental con que Huarte señalaba nuevos rumbos a la psicología y a la pedagogía, encontrándose con un alma que, aunque trabajaba en campo muy diverso, era muy afín a la suya.

Por eso glorificó Cervantes el pensamiento nuclear de *El Examen de Ingenios*, parodiándolo en su entremés *La elección de los Alcaldes de Daganzo*. Muchas de sus frases son un eco de las que, en el Proemio de su libro, dirigía Huarte a Felipe II y a las Universidades, queriéndoles interesar por el problema de la selección y orientación profesional. Véase esta muestra:

ALORROBA:

Digo

que, pues se hace examen de barberos,  
de herradores, de sastres, y se hace  
de cirujanos y otras zarandajas,  
también se examinasen para alcaldes :  
y al que se hallase suficiente y hábil  
para tal menester, que se le diese  
carta del examen, con la cual podría  
el tal examinado remediarse;  
porque, de lata en una blanca caja,  
la carta acomodando merecida,  
a tal pueblo podrá llegar el pobre  
que le pesen a oro: que hay ogaño  
carestía de alcaldes de caletre  
en lugares pequeños casi siempre.

BACHILLBR PESUÑA:

Ello está muy bien dicho y bien pensado.  
Llamen a Berrocal, entre, y veamos  
dónde llega la raya de su ingenio.

Aquella obra brindaba no sólo materia de curiosidad al lector, sino mucha ciencia útil al novelista. Es un tópico, pasado ya, el hablar de adivinación del genio y de facultades creadoras. La historia de las ideas y la crítica moderna—aun a trueque de

---

(3 bis) El *Quijote*, I, 9. En las citas del *Quijote*, la cifra romana se referirá a la parte, y la arábica al capítulo; no citaré páginas.

grotescas exageraciones—, han corregido ese vulgar concepto, dando a conocer en la mayoría de los casos los materiales de que se formaron las llamadas grandes creaciones. La facultad privativa del que llamamos genio es una típica, facultad de coordinación, conjugación y elaboración de experiencias y conocimientos del autor, junto con un excepcional poder de forma y expresión sensible, sin lo que aquella primera facultad es baldía e inerte.

Los más fervorosos cervantistas han emulado unos con otros en la indagación de los materiales empleados en sus obras por Cervantes : literatura precedente, sucesos de su propia vida, modelos vivos de sus personajes literarios, etcétera. Entre estos materiales aparece en puesto preferente *El Examen de Ingenios*. Nadie será tan atrevido que afirme haber tomado Cervantes de allí la idea y figura de *su Ingenioso Hidalgo*; pero que ellas se perfilasen, y adquiriesen consistencia y color, y gran parte de su nervio de vida, al cruzarse con la obra del Dr. Huarte, nadie habrá de dudarle.

Observemos que el *Quijote* es ante todo la manifestación de un carácter o modo de ser, del temperamento, natural, índole, ingenio o como quiera llamársele del héroe de la novela. Su concepción y desenvolvimiento requería en la mente de su creador cierto fondo de conocimientos más o menos vulgares de caracterología. Era además el ingenioso hidalgo un ser psicopatológico, cuya realización artística había de basarse en un sabio trazado de los rasgos temperamentales; pues si en la interpretación de todo carácter se ha de atender al fondo constitucional biológico, en los casos mórbidos lo es de necesidad ineludible. Precisamente es una de las contribuciones más meritorias de Huarte de San Juan a la psicología y pedagogía el haber ponderado casi hasta el exceso la correlación que existe, no solamente entre lo psíquico natural de un hombre y su complexión física, sino entre estas condiciones naturales y lo psíquico moral. Con este principio, como con una clave ideológica, va resolviendo los varios problemas del Examen; y Cervantes lo aceptó tan de buen grado que le bebió hasta sus palabras al maestro. Véase el siguiente paralelo de textos.

## TEXTOS DE HUARTE

«Porque todas las ánimas racionales y sus entendimientos, apartadas del cuerpo, son de igual perfección y

## TEXTO DE CERVANTES

«Porque las ánimas todas son iguales y de una misma masa en sus principios, criadas y formadas

saber... Del temperamento de las cuatro calidades primeras nacen todas las habilidades del hombre, todas las virtudes y vicios, y esta gran variedad que vemos de ingenios... El ánimo es la misma por todo el discurso de las edades, y tan perfecta como Dios la crió al principio; sino que por los varios temperamentos que el cuerpo adquiere en cada edad, por esto obra el ánimo con más dificultad las obras virtuosas y con más facilidad las viciosas». (4).

por su Hacedor; y según la caja y temperamento del cuerpo, donde las encierra, así parecen ella más o menos discretas, y atienden y se adicionan a saber las ciencias, artes y habilidades a que las estrellas más las inclinan.» (5)

No menos que este principio básico de caracterología, asimiló Cervantes su desarrollo y las aplicaciones prácticas contenidas en *El Examen de Ingenios*: los signos anatómicos y fisiológicos de los temperamentos, sus conexiones con el ingenio, y del ingenio con la conducta; y gracias a la doctrina allí aprendida procedió con tan admirable destreza al dibujar la afección psíquica de su héroe, en consonancia con la constitución corporal y las condiciones de vida por él ideadas.

## II

Salillas puso un gran empeño en demostrar que el apelativo de *ingenioso* impuesto por Cervantes a su hidalgo se deriva de *El Examen de Ingenios*, donde, en su sentir, *ingenio* tiene un sentido patológico, y en tal sentido ha sido llamado ingenioso aquel hidalgo. Yo tengo también por casi indubitable ese origen del calificativo; mas la razón dada la tengo por inadmisibile. Para Huarte, *ingenio* es la disposición natural o conjunto de facultades psíquicas de un sujeto, contrapuesta a temperamento, que es la disposición

(4) *Examen*, passim; cfr. cap. 6 (9), pág. 160, cap. 5 (0), pág. 92, cap. 2 (4), pág. 76. Las citas de *El Examen de Ingenios*, en cuanto ala paginación las haré por la última edición publicada por D. RODRIGO SANZ en la «Biblioteca de Filósofos Españoles», dirigida por Eduardo Ovejero y Maury: *Juan Huarte de San Juan (o el doctor Juan de San Juan), Examen de Ingenios para las ciencias. Edición comparada de la príncipe (Baeza, 1575) y sub-príncipe (Baeza, 1594. Prólogo, sumarios, notas y preparación por Rodrigo Sanz, Madrid, 1930*. Es la única que poseemos completa, aunque todavía no perfecta, pero que contribuirá notablemente a la divulgación de la obra de Huarte, por las facilidades que ofrece a la lectura y al trabajo. De *El Examen* apareció en 1594 una edición refundida y aumentada; en las citas, el número que va incluido entre paréntesis se refiere a los capítulos de esta edición, mientras que el otro, a los de la de 1575; y las páginas, como queda dicho, a la edición de Madrid, 1930.

(5) *Los trabajos de Persiles y Segismunda, historia setentrional*; lib I, cap. 18.

anatómico-fisiológica. Cervantes mismo no podía haber empleado aquel término en la significación supuesta por Salillas, puesto que en otras ocasiones lo entiende diversamente, p. ej. en el prologo del *Quijote*, como talento vivaz y ansioso de ciencia. Aquí hay que buscar una explicación psicológica, en armonía con el modo de ser lingüístico de Cervantes. Era él un tipo auditivo, como lo puede verificar cualquier mediano lector de sus obras; por lo que en gran número de casos, con tendencia o no humorística, la fonía o cadencia determinan la formación, uso o situación de las palabras. Habi-tuado, pues, su oído a la palabra *ingenio*, por la detenida lectura del *examen* de ellos, establecióse automáticamente en su imaginación esa eufónica asociación del apelativo *ingenioso* con el nombre de *hidalgo*, y sonándole bien, la estampo a la cabecera de su historia con la genial espontaneidad con que procedía su estilo.

Lo que él entendía por *ingenioso* era, sin duda, una índole de ánimo vivaz inclinada a singulares y raras (él diría descomunales) ocurrencias. Y también por este concepto depende de Huarte; el cual, aunque está muy lejos de identificar el ingenio con la psicosis, sostiene que apenas hay individuo que no padezca alguna desarmonía psíquica, por el predominio de alguna cualidad temperamental o deficiencia de otras. Tal acaece en modo especial a los intensamente dotados; «por donde dijo Platón, observa, que por maravilla se halla hombre de muy subido ingenio, que no pique algo en manía, que es una destemplanza caliente y seca del cerebro» (6). Según esto, Alonso Quijano fué justamente apellidado ingenioso; porque era caliente y seco de temperamento, como luego veremos, y de subido ingenio, con su tanto de manía, primero por la caza, y después por la lectura; hasta que recalentándosele y desecándosele el cerebro vino a dar en la monomanía plenamente psicopática.

Un típico ejemplo de esta manera de ingenio, en su desenlace agudo, presenta Huarte en Demócrito, y fué, al igual que otros casos de demencia, motivo de inspiración para Cervantes:

Demócrito Abderita fué uno de los mayores filósofos naturales y morales que hubo en su tiempo, aunque Platón dice que supo más de lo natural que de lo divino; el cual vino a tanta pujanza de entendimiento allá en la vejez, que se le perdió la imaginativa, por la cual razón comenzó a hacer y decir dichos y sentencias tan fuera de términos, que toda la ciudad de Abderas le tuvo por loco. Para cuyo remedio despacharon apriesa un correo a la isla de Coy, donde Hipócrates habitaba, pidiéndole con gran instancia, y ofreciéndole

---

(6) Examen, segundo proemio al lector (exclusivo de la edición de 1594); pág. 36.

muchos dones, viniese con gran brevedad a curar a Demócrito que había perdido el juicio. Lo cual hizo Hipócrates de muy buena gana, porque tenía deseo de ver y comunicar un hombre de cuya sabiduría tantas grandezas se contaban. Y así se partió luego; y llegando al lugar donde habitaba—que era un yermo debajo de un plátano—comenzó a razonar con él. Y haciéndole las preguntas que convenía para descubrir la falta que tenía en la parte racional, halló que era el hombre más sabio que había en el mundo. Y así dijo a los que lo habían traído, que ellos eran los locos y desatinados, pues tal juicio habían hecho de un hombre tan prudente. Y fué la ventura de Demócrito que todo cuanto razonó con Hipócrates en aquel breve tiempo fueron discursos del entendimiento y no de la imaginativa, donde tenía la lesión. (7).

Situación mental ambivalente en la que se movía don Quijote y era el asombro de cuantos trataban con él seriamente. «Mirábalo el Canónigo, y admirábase de ver la extrañeza de su grande locura, y de que en cuanto hablaba y respondía mostraba tener bonísimo entendimiento; solamente venía a perder los estribos, como otras veces se ha dicho, tratándole de caballería» (8). El noble don Diego de Miranda, preguntado por su hijo quién era el caballero que traía a su casa, contestaba: «No sé lo que te diga, hijo; sólo te sabré decir que le he visto hacer cosas del mayor loco del mundo, y decir razones tan discretas, que borran y deshacen sus hechos: háblale tú, y toma el pulso a lo que sabe, y pues eres discreto, juzga de su discreción o tontería lo que más puesto en razón estuviere; aunque, para decir verdad, antes le tengo por loco que por cuerdo». Y el licenciado Pero Pérez, que mejor que nadie le conocía, resume la común opinión asegurando a Cardenio, «que fuera de las simplicidades que este buen hidalgo dice tocante a su locura, si le tratan de otras cosas, discurre con bonísimas razones y muestra tener un entendimiento claro y apacible en todo; de manera, que como le toquen en sus caballerías, no habrá nadie que le juzgue sino por de muy buen entendimiento».

Las gentes de bondadoso corazón, y cuantos querían bien al buen hidalgo enfermo, lamentaban su locura y deseaban su curación. Mas no faltaban gentes egoístas, especialmente de alta condición, como los duques, y aquel don Antonio Moreno barcelonés, «caballero rico y discreto, amigo de holgarse a lo honesto y afable (?), el cual viendo en su casa a don Quijote, andaba buscando modos como, sin su perjuicio, sacase a plaza sus locuras». Este maldijo la victoria obtenida por el Caballero de la Blanca Luna

---

(7) *Examen*, cap. primero de la edición de 1594 (no existe en la anterior); pág. 50.

(8) Los lugares aquí aducidos del *Quijote* son, por su orden: I, 49; II, 18; I, 30, II, 62, II, 65.

sobre el de los Leones, y echó en cara al bachiller Carrasco las consecuencias de su triunfo: «¡Oh, señor, Dios os perdone el agravio que habéis hecho a todo el mundo en querer volver cuerdo al más gracioso loco que hay en él! ¿No véis, señor, que no podrá llegar el provecho que cause la cordura de don Quijote a lo que llega el gusto que da con sus desvaríos?». De este tipo de reacción de las gentes ante los enfermos mentales encontró también Cervantes en *El Examen de Ingenios* un caso, del cual se sirvió sobre todo para la historia del Licenciado Vidriera. Helo aquí:

Pero esto es cifra y caso de poco momento respecto de las delicadezas que dijo un paje de un Grande de estos reinos, estando maníaco. El cual era tenido en sanidad por mozo de poco ingenio; pero caído en la enfermedad, eran tantas las gracias que decía, los apodos, las respuestas que daba a lo que le preguntaban, las trazas que fingía para gobernar un reino, del cual se tenía por señor, que por maravilla le venían las gentes a ver y oír, y el propio señor jamás se quitaba de la cabecera rogando a Dios que no sanase. Lo cual se pareció después muy claro. Porque librado el paje de esta enfermedad, se fué el médico que le curaba a despedir del señor, con ánimo de recibir algún galardón o buenas palabras; pero él le dijo desta manera :

—Yo os doy mi palabra, señor doctor, que de ningún mal suceso he rescebido jamás tanta pena como de ver a este paje sano; porque tan avisada locura no era razón trocarla por un juicio tan torpe como a éste le queda en sanidad. Paréceme que de cuerdo y avisado lo habéis tornado necio, que es la mayor miseria que a un hombre puede acontecer.

El pobre médico, viendo cuán mal agradecida era su cura, se fué a despedir del paje; y en la última conclusión de muchas cosas que habían tratado, dijo el paje:

—Señor doctor, yo os beso las manos por tan gran merced como me habéis hecho en haberme vuelto mi juicio; pero yo os doy mi palabra, a fe de quien soy, que en alguna manera me pesa de haber sanado, porque estando en mi locura vivía en las más altas consideraciones del mundo, y me fingía tan gran señor, que no había rey en la tierra que no fuese mi feudatario. Y que fuese burla y mentira, ¿qué importaba, pues gustaba tanto de ello como si fuera verdad? ¡Harto peor es ahora, que me hallo de veras que soy un pobre paje y que mañana tengo de comenzar a servir a quien, estando en mi enfermedad, no le recibiera por mi lacayo! (9).

(9) *Examen*, cap. 4 (7); pág. 119-120. Véase cómo versificó esta historia Lope de Vega :

«Que me pasa en este amor  
lo que a un paje, que un doctor  
sanó de un gran frenesí:  
no le agradeció la cura,  
porque alegaba, que, sano,  
era un pobre cortesano,  
siendo un Rey en la locura».

*La adversa fortuna de Don Bernardo de Cabrera*, jornada 1.<sup>a</sup>. *Doce comedias de Lope de Vega. Huesca, 1634*. Casos similares no es raro ver narrados en la antigüedad, así Horacio, *Epist.*, libr. II. *epist.* 2.<sup>a</sup>, quien a su vez lo había tomado de Aristóteles.



No me parece necesario detenerme en mostrar el paralelismo de la historia del paje huartino y la del paje cervantino Tomás Rodaja, después Licenciado Vidriera; tan evidente es. Aun citaré otro caso clínico de *El Examen de Ingenios*, a semejanza del cual hizo Cervantes que don Quijote, dominado por la calentura, viniese a recobrar la razón, y pudiese testar, y recibir los santos sacramentos, y morir con tanta cordura suya y pasmo de los presentes:

En confirmación de lo cual no puedo dejar de referir aquí lo que pasó en Córdoba el año 1570 estando la corte en esta ciudad, en la muerte de un loco cortesano que se llamaba Luis López: éste en sanidad tenía perdidas las obras del entendimiento, y de lo que tocaba a la imaginativa decía gracias y donaires de mucho contento; a éste le dió una calentura maligna de tartadillo, en medio de la cual vino de repente a tanto juicio y discreción, que espantó a toda la corte: *por la cual razón* le administraron los santos sacramentos, y testó con toda la cordura del mundo, y así murió invocando fa misericordia de Dios, y pidiéndole perdón de sus pecados (10).

En el caso de don Quijote, como en éste, el diagnostico del extremo trance de la enfermedad se funda en la vuelta a la normalidad mental. Los familiares y amigos del derrotado andante, oyéndole hablar, «miráronse unos a otros, admirados de las razones de don Quijote, y, aunque en duda, le quisieron creer; y una de las señales por donde conjeturaron se moría fué el haber vuelto con tanta facilidad de loco a cuerdo; porque a las ya dichas razones añadió otras muchas tan bien dichas, tan cristianas y con tanto concierto, que del todo les vino a quitar la duda, y a hacer creer que estaba cuerdo» (II). Idéntica opinión hallamos formulada en el *Persiles*, con las siguientes palabras: «Pasmóse a estas razones Villaseñor, y creyó, sin duda alguna, que el conde había perdido el juicio, y que la hora de su muerte era llegada, pues en tal punto, por la mayor parte, o se dicen grandes sentencias, o se hacen grandes disparates» (I2). En lo cual no se hace sino resumir una buena parte de un capítulo de *El Examen*, donde con razones y ejemplos se demuestra «que si el hombre cae en alguna enfermedad por la cual el cerebro de repente mude su temperatura, como es la manía, melancolía y frenesía, en un momento acontece perder, si es prudente, cuanto sabe, y dice mil disparates, y si es necio, adquiere más ingenio y habilidad que antes tenía (I3).

(10) *Examen*, cap. 4 (7), pág. 128; ejemplo adicionado en la ed. de 1594.

(11) *El Quijote*, II, 64.

(12) *Persiles*, libr. III, cap. 9.

(13) *Examen*, cap. 4 (7), pág. 118.

## III

Ya dije más arriba que la gran inspiración que Cervantes debe al Dr. Huarte es el haber sabido fingir y conducir el carácter de su héroe con armónica correspondencia de las dos estructuras, la psicológica y la temperamental. El Quijote nació y vivió en este respecto bajo el signo de *El Examen de Ingenios*. Y su autor tuvo de ello plena conciencia, persuadido por aquella lectura de que por las cualidades corporales era posible llegar a noticia de las del alma, y de éstas a su vez deducir las exteriores y físicas. Hízolo así afirmar a don Quijote, cuando éste, en la convalecencia de su enfermedad, describía ante sus amigos la índole e ingenio de diversos caballeros antiguos, por él venerados y seguidos. «Del mismo modo—dice—que he delineado a Amadís, pudiera, a mi parecer, pintar y describir todos cuantos caballeros andantes andan en las historias en el orbe, que por la aprehensión que tengo de que fueron como sus historias cuentan, y por las hazañas que hicieron y condiciones que tuvieron, se pueden sacar por buena filosofía sus facciones, sus colores y estaturas» (14). Esta buena filosofía es la de nuestro sin par psicólogo, y es la que presta sustancia a la obra cervantina.

Si no prodigo, tampoco fué parco Cervantes en señalar los rasgos morfológicos humorales y fisiológicos del Caballero de la Triste Figura. He aquí lo más relevantes:

Frisaba la edad de nuestro hidalgo en los cincuenta años: era de compleción recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. (I, 1).

Las piernas eran muy largas y flacas, llenas de vello, y no nada limpias. (I, 35).

Suspendió a don Fernando y a los demás la extraña presencia de don Quijote, viendo su rostro de media legua de andadura, seco y amarillo, la desigualdad de sus armas y su mesurado continente (I).

Tomad, señora, esa mano... No os la doy para que la beséis, sino para que miréis la contextura de sus nervios, la trabazón de sus músculos, la anchura y espaciosidad de sus venas, de donde sacaréis qué tal debe de ser la fuerza del brazo que tal mano tiene. (I, 43).

Por el cielo que nos cubre que peleé con don Quijote, y le vencí y le rendí; y es un hombre alto de cuerpo, seco de rostro, estirado y avellanado de miembros, entrecano, la nariz aguileña y algo corva, de bigotes grandes, negros y caídos. (II, 14).

Admiróle la longura de su cuello, la grandeza de su cuerpo, la flaqueza y amarillez de su rostro. (II, 16).

(14) El *Quijote*, II, 1

Quedó don Quijote, después de desarmado, en sus estrechos gregüescos y en su jubón de gamuza, seco, alto, tendido, con las quijadas. que por de dentro se besaba la una con la otra. (II, 31).

Púsose don Quijote de mil colores, que sobre lo moreno le jaspeaban. (II, 31).

Habiendo recogido los trastes de la vihuela, y afinándola lo mejor que supo, escupió y remondóse el pecho, y luego, con una voz ronquilla, aunque entonada, cantó el siguiente romance. (II, 44).

En verdad en verdad, que muchas veces me paro a mirar a vuestra merced desde la punta del pie hasta el último cabello de la cabeza, y que veo más cosas para espantar que para enamorar, y habiendo yo también oído decir que la hermosura es la primera y principal parte que enamora, no teniendo vuestra merced ninguna, no sé yo de qué se enamoró la pobre. (II, 38).

Tenemos, pues, en resumen, la fisionomía general de don Quijote, como un hombre *alto de talla, largo de miembros, flaco pero recio, seco de carnes, huesudo y musculoso, rostro estirado y enjuto, el color moreno y amarillo, la nariz aguileña, lacio el cabello que antes fué negro y ahora entrecano, abundante vello-sidad, venas abultadas, voz ronca; y en conjunto feo y mal entallado*. Veamos ahora la doctrina de Huarte sobre complexiones, y qué temperamento e ingenio atribuye a una constitución corporal como la descrita, para compararla con la que Cervantes ha fingido:

El hombre que es caliente y seco en el tercer grado tiene muy pocas carnes, duras y ásperas, hechas de nervios y murecillos (= músculos), y las venas muy anchas.

El color del cuero, si es moreno, tostado, verdinegro y cenizoso, es indicio de estar el hombre en el tercer grado de calor y sequedad.

La voz que fuere abultada y un poco áspera es indicio de ser el hombre caliente y seco en el tercer grado.

Los hombres calientes y secos por maravilla aciertan a salir muy hermosos, antes feos y mal tallados (15).

Era, según esto, don Quijote, de temperamento caliente y seco. A los tales, ¿qué ingenio dice corresponderles *El Examen*? En cuanto al talento, los hace ricos en inteligencia y en imaginación; en cuanto al carácter, coléricos y melancólicos; y además, en su modo de ser, picando en manías. Lo expone y lo repite en frecuentes pasajes; y aduciendo, como a veces suele, un ejemplo bíblico en comprobación de su doctrina, analiza el temperamento e ingenio del Apóstol de las gentes, escogido providencialmente para tan honda transformación del mundo; «en el cual hallaremos —dice— que haciéndole Dios de grande entendimiento y mucha

---

(15) *Examen*, cap. 15, párrafo 1 (18), pág. 379.

imaginativa, forzosamente, guardando el orden natural, le sacó colérico adusto, (16).

Y esta es la misma diferencia de ingenio con que su creador sacó al ingenioso hidalgo, al cual tan alta y jamás vista misión le confiaba; y así le hizo inteligente, imaginativo, melancólico y colérico. Hemos recordado arriba la impresión que sus dotes intelectuales producían en cuantos le trataban; no sera por demás añadir el testimonio del ama, que le reputaba por «el más delicado entendimiento que había en toda la Mancha». De su fértil y volandera imaginación, aunque perturbada, ¿qué muestras no nos dió en hechos y en palabras? Su melancolía era tan profunda y continuada, que apenas podían sacar a plaza su risa las gracias y simplicidades de su escudero; y, al verle rendido a la última enfermedad, «fué el parecer del médico que melancolías y desabrimientos le acababan». De su naturaleza irritable y colérica pueden contar las espaldas de Sancho, los arrieros de las ventas, su misma sobrina, y los duques, quienes «recibían tanto gusto de ver que, con la dilación y pausas con que Sancho contaba su cuento, don Quijote se estaba consumiendo en cólera y rabia», y delante de los cuales «sin guardar respeto, con semblante airado y alborotado rostro, se puso en pie», para dar respuesta a su reprehensor. En ésta y en otras ocasiones la ira le arrebató más de lo que convenía a tan digno caballero. Tal sucedió, cuando Sancho se permitió cierta alusión menos respetuosa para la Princesa Micomicona: «Oh váleme Dios, y cuán grande fué el enojo que recibió don Quijote oyendo las descompuestas palabras de su escudero. Digo que fué tanto, que, con voz atropellada y tartamuda lengua, lanzando vivo fuego por los ojos, dijo... Y diciendo esto, enarcó las cejas, hinchó los carrillos, miró a todas partes, y dió con el pie derecho una gran patada en el suelo, señales todas de la ira que encerraba en sus entrañas» (17). Para estas descripciones de observación vulgar no necesitaba lecciones el gran observador que era Cervantes; mas ciertamente, sobre el entorpecimiento de la lengua por causa de la ira, había leído en Huarte, «que el no acertar a hablar puede nacer de tener la lengua mucho calor y sequedad, como acaece a los coléricos, los cuales, enojados, no aciertan a hablar: ... los coléricos, estando en paz, aciertan muy bien a hablar, pero enojados; sube el calor

(16) *Examen*, cap 6, (9), pág. 164; cap. 10 (12), pág. 243; ideas similares passim.

(17) Las citas del *Quijote* que a este párrafo corresponden son, por su orden: I, 5; II, 16; II, 64; I, 20; I, 30; I, 7; II, 30; I, 46.

más de lo que conviene, y desbarata la imaginativa» (17 bis).

Calor y sequedad acentuada del temperamento, subido entendimiento e imaginativa fecunda, cólera y melancolía: he aquí una serie concatenada de notas del complejo psíquico-somático, lo mismo en la teoría de Huarte que en las aplicaciones cervantinas. Mas esa serie, si no hay contrapeso de otras cualidades temperamentales, fácilmente desemboca en la psicosis. Que es lo que le avino al ingenioso hidalgo, cuya enfermedad nos va a dar ocasión de verificar nuevamente la concordancia que venimos descubriendo.

#### I V

Yo estoy maravillado de la escasa bibliografía existente acerca de un tema tan sugestivo y de no despreciable importancia crítica. Lo que yo he podido hallar no puede satisfacernos, después de lo aportado a la ciencia por Charcot, Kräpelin y Kretschmer, pongo por caso; y haría una obra muy laudable el especialista que interpretase la afección cerebral y mental de Alonso Quijano a la luz de las teorías psicopatológicas hoy corrientes. No sé si llego a escribirse algo antes de HERNANDEZ MOREJON, de quien tenemos un opúsculo: *Bellezas de medicina práctica descubiertas por—en el ingenioso caballero Don Quijote de la Mancha, Compuesto por Miguel Cervantes Saavedra, Sevilla, 1831*. Examina Hernández Morejón las predisposiciones y causas de la locura, sus períodos, su desenlace en la muerte; y, por otro lado, el plan curativo y tratamiento moral. Carece este estudio de profundidad y precisión, y abunda en generalidades y aparatosos encarecimientos de la sabiduría médica de Cervantes. Más amplio, y más maduro es el libro que dedicó al mismo asunto PI Y MOLIST: *Primores del Quijote en el concepto médico-psicológico, y consideraciones generales sobre la locura, para un nuevo comentario de la inmortal novela, Barcelona, 1886*. Pi y Molist contradice el sentir de Morejón, de que don Quijote estuviese dotado de temperamento predispuesto a la psicosis; la enajenación, opina él, no se funda en la anatomía patológica, sino en la fisiología, y es etiológicamente moral, a semejanza de tantas frenopatías originadas por las ideas de libertad, independencia, reforma, etcétera. En obras posteriores no encuentro ninguna novedad. (18).

(17 bis) *Examen*, cap. 10 (12), pág. 235.

(18) En 1905 don Tomás Pérez Linares, Presidente del Colegio de Médicos de Albacete,

Si atendemos a la doctrina de Huarte, habremos de juzgar que el hidalgo Alonso Quijano era constitucionalmente prepsicótico, como más atrás lo dejamos demostrado. Un psiquiatra de hoy lo confirmaría, registrando en la historia clínica del buen hidalgo típicos síntomas de constitución y hábitos esquizoides. Pero los factores decisivos son exógenos. La lectura sin tasa ni tino determinó la fatiga y el eretismo nerviosos, y estos dieron lugar a una desarmonía funcional, de donde aquellos delirios accidentales que iba notando su sobrina. La lectura continuada encontraba un organismo descompuesto; y «llena la fantasía de todo aquello que leía en los libros,», roto el contacto con la realidad, y faltando las fuerzas inhibitorias, vino a sistematizarse el delirio en aquella nueva personalidad investida, con sus proyecciones paranoicas. (18 bis).

En la exposición del síndrome sintomatológico de la locura, que nos da Cervantes, hay dos toques principales, que son como la clave de la enfermedad; y ambos toques o ideas capitales de pleno en pleno pertenecen a la psicopatología de *El Examen de Inge-*

---

propuso un premio para un estudio de los conocimientos médicos de Cervantes, que dió ocasión a algunos trabajos—trabajos de certamen—. Tengo a mano el de Olmedilla y Puig: *Cervantes en ciencias médicas. Brevisimas consideraciones acerca de sus conocimientos en este asunto*, Madrid, 1905; y el de Martínez y González: *Cervantes en medicina. Del estudio de El Quijote. ¿se desprende que su autor tenía conocimientos médicos?*, Madrid, 1905. Ambos no hacen sino ampliar, sin desviarse en la apreciación científica, las ideas expuestas por Hernández Morejón. Olmedilla hace alusión a un discurso que en el acto de recepción en la Academia de Ciencias exactas pronunció don José Gómez Ocaña, donde este señor estudia las veces que se emplea y el sentido que se da en el *Quijote* a la palabra *corazón*. Don Federico Olóriz Aguilera resumió en una conferencia *los Caracteres físicos de los personajes del Quijote*, Madrid, 1905; que es una enumeración escueta, sin exégesis médica o psicológica. En el tomo segundo de los *Ensayos* de Unamuno, se contiene uno muy interesante, aunque descriptivo: *El Caballero de la Triste Figura; Ensayo Iconológico*. Y en la *Vida de don Quijote y Sancho, según Miguel de Cervantes Saavedra, explicada y concretada por Miguel de Unamuno*, Madrid, 1905, se dedican unas breves páginas a relacionar la locura del ingenioso hidalgo con la doctrina de *El Examen de Ingenios*, y sus apreciaciones son muy exactas. Los comentaristas del *Quijote*, quién más quién menos directamente, han tocado este tema, en especial Díaz de Benjumea en *Lu Estafeta de Urgandu, o aviso de Cid Azam-Ouzad Benenjeli sobre el desencanto del Quijote*, Londres, 1861; en frente del cual salió a la prensa: *El Quijote y la Estafeta de Urganda*, Sevilla, 1862, de don FRANCISCO M. TUBINO. Siempre será necesario consultar las ricas y enjundiosas apostillas con que ilumina cada pasaje y aun cada línea del *Quijote* el maestro de cervantistas don Francisco Rodríguez y Marín. Y servirá asimismo de ilustración un erudito artículo de Herrero García: *Los rasgos físicos y el carácter según los teatros españoles del siglo XVII*, publicado en la Revista de Filología Española, 12 (1925) 157-177.

(18 bis) Escrito este artículo recibo una Conferencia impresa del doctor Royo Villanova: *La locura de don Quixote*, Zaragoza, 1905. Es un estudio más moderno, cronológica y científicamente, que los anteriores, y presenta una detalladísima historia clínica de Alonso Quijano, para llegar después al diagnóstico de su locura. Me complace la coincidencia de mi opinión con la suya, que formula (para demostrarla después) en las siguientes líneas: «Esta locura bien definida y determinada que se ajusta maravillosamente a la que padeció Alonso Quijano, es una paranoia crónica o delirio sistematizado o parcial de tipo expansivo, forma megalómana y variedad filantrópica».

*nios*. Tales son la destemplanza humoral del resecaimiento del cerebro, y la lesión imaginativa consiguiente. Al ingenioso hidalgo «del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro», porque, como había enseñado a Cervantes el Dr. Huarte, «la vigilia de todo el día deseca y endurece el cerebro, y el sueño de la noche lo humedece y fortifica» (19). Necesita, pues, este órgano humidificarse—o desintoxicarse—en el reposo del sueño; de lo contrario se origina un trastorno en su funcionamiento, que ha de repercutir en las facultades psíquicas, y primero en la más enraizada en él, la imaginación.

No creo que sea aguzar demasiado el añadir, como causa de la quiebra cerebral del hidalgo, junto a la excitación, fatiga y vigilia, su poco selecta alimentación nocturna. Aquel plato de salpicón, que constituía su diaria cena, no había de favorecer el buen régimen, ni de su estómago, ni de su cerebro. Era el salpicón un fiambre confeccionado de la vaca y tocino sobrantes de la olla del mediodía, cortados en menudos pedazos y mezclados con cebolla y vinagre, amén de diversas especias (20). Esta cena fría, tomada a la ligera, con la cabeza encendida por la lectura y el ansia violenta de volver a contemplar en los campos de sus historias las hazañas de sus caballeros, calcúlese qué volcán de vapores y fantasmas provocaría en aquel cerebro. Y si queremos saber del Dr. Huarte la naturaleza bioquímica de tal manjar, nos dirá que la vaca y el tocino engendran grueso temperamento, y la cebolla, vinagre y especias lo calidifican y resecan (21); y que «si el cerebro se va cada día gastando y consumiendo y se ha de reparar con los manjares que comemos, cierto es que si estos son gruesos y de mala templanza, que usando muchos días dellos, se ha de hacer el cerebro de su misma naturaleza» (22).

El tratamiento de la enfermedad indicado por Cervantes corresponde a la misma doctrina. Así, en los tres regresos del aventurero

(19) *Examen*, cap. 5 (8), pág. 143. Causa de la sequedad del cerebro es también, en la psicología de Huarte, la tristeza, y uno de sus efectos la pérdida de la memoria. Con la misma razón explicó el cura el que la discreta Dorotea hubiese olvidado su nombre de princesa Micomicona: «No es maravilla, señora mía, que la vuestra grandeza se turbe y empache contando sus desventuras; que ellas suelen ser tales, que muchas veces quitan la memoria a los que maltratan, de tal manera, que aun de sus mismos nombres no se les acuerda» (*El Quijote*, I, 30). Huarte enseña, en el mismo capítulo citado en el texto, que «la tristeza y aflicción gasta y consume la humedad del cerebro»; y, como a la memoria, a su vez, depende de la humedad», en faltándole ésta al cerebro, disminuye y flaquea la memoria.

(20) Véanse las notas de Rodríguez y Marín, y las referencias dadas por el mismo en una deliciosa y eruditísima conferencia dedicada a *El yantar de Alonso Quijano el Bueno*.

(21) *Examen*, cap. 15, párrafo tercero (21), pág. 406-407.

(22) *Examen*, cap. 15, párrafo cuarto (22), pág. 455.

y malaventurado caballero, lo deja sumido en largo sueño reparador; y fué un sueño largo y profundo la puerta de la lucidez de su mente, Y por lo que se refiere a la mala nutrición, el cura y el barbero encargan al ama y a la sobrina, «tuviesen cuenta con regalarle, dándole a comer cosas confortativas y apropiadas para el corazón y el cerebro, de donde procedía, según buen discurso, toda su mala ventura» (23).

Puesta aquella destemplanza cerebral fisiológica, la destemplanza psicológica era irremisible. «Nuestra ánima racional, dice Huarte, aunque es incorruptible, anda siempre asida de las disposiciones del cerebro, las cuales, si no son tales cuales son menester para discurrir y filosofar, dice y hace. mil disparates». «Fuera desto, muestra la experiencia una cosa, y así lo nota Galeno, que cuando en la enfermedad se desbarata el temperamento y buena compostura del cerebro, muchas veces se pierden las obras del entendimiento y quedan salvas las de la memoria e imaginativa» (24). Y el insigne psicólogo confirma esta doctrina con el caso de Demócrito, transcrito aquí páginas atrás. Ahora es hora de releer cuidadosamente aquel ejemplo y el parangón que en las siguientes líneas hicimos con lo sucedido a don Quijote. Porque son casos patológicos de idéntica naturaleza. Cervantes no hizo sino dar cuerpo a la fórmula psicopatológica de Huarte, ejemplificada en el ingenioso filósofo de Abderas.

Al ingenioso hidalgo de la Mancha «llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos, como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles: y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo» (25). Era, pues, un delirio puramente imaginativo y eso en cuanto tocaba a caballerías; el juicio claudicaba cuando se torcía el sustentáculo de la imagen: «de manera, —decían sus conocidos— que como no le toquen en sus caballerías, no habrá nadie que no le juzgue sino por de muy buen entendimiento». Como le había acaecido a Demócrito, a quien, «por hacer y decir dichos y sentencias tan fuera de término, toda la ciudad de Abderas le tuvo por loco, y que había perdido el juicio».

(23) *El Quijote*, II, 1.

(24) *Examen*, cap. 15, párrafo tercero (21), pág. 405; cap. 6 (9), pág. 161.

(25) *El Quijote*, I, 1.



En cambio, Hipócrates le reputó por el hombre, más sabio del mundo; «y fué la ventura de Demócrito—observa el Dr. Huarte— que todo cuanto razonó con Hipócrates en aquel breve tiempo fueron discursos del entendimiento, y no de la imaginativa, donde tenía la lesión».

Interesóle tan vivamente a Cervantes esta situación mental, que hizo de ella dos réplicas: una, breve, en el cuento de aquel graduado en Cánones por Osuna, que cuenta el barbero en la tertulia de don Quijote, durante su convalecencia (26); y otra, amplia, en la novela ejemplar del Licenciado Vidriera. Este es de la misma familia que Demócrito en su vejez, y pariente muy cercano del ingenioso hidalgo. Obsérvese la paridad de síntomas.

«Seis meses estuvo en la cama Tomás, en los cuales *se secó* y se puso, como suele decirse, en los huesos, y mostraba tener turbados todos los sentidos. Y aunque le hicieron los remedios posibles, sólo le sanaron la enfermedad del cuerpo, pero no la del entendimiento, porque quedó sano, y loco de la más extraña locura que entre las locuras hasta entonces se había visto. *Imaginóse* el desdichado que era todo hecho de vidrio, y *con esta imaginación*, cuando alguno se llegaba a él, daba terribles voces pidiendo y suplicando con palabras y razones concertadas que no se le acercasen, porque le quebrarían; que real y verdaderamente él no era como los otros hombres, que todo era de vidrio de pies a cabeza. Para sacarle de esta *extraña imaginación*, muchos, sin atender a sus voces y rogativas, arremetieron a él y le abrazaron, diciéndole que advirtiese y mirase cómo no se quebraba. Pero lo que se grangeaba en esto era que el pobre se echaba en el suelo, dando mil gritos, y luego le tomaba un desmayo, del-cual no volvía en sí en cuatro horas, y cuando volvía era renovando las plegarias y rogativas de que otra vez no llegasen. Decía que le hablasen desde lejos y le preguntasen lo que quisiesen, porque a todo les respondería con más entendimiento, por ser hombre de vidrio y no de carne; que el vidrio, por ser materia sutil y delicada, obra por ella el alma con más prontitud y eficacia, que no por la del cuerpo, pesada y terrestre. Quisieron algunos experimentar si era verdad lo que decía, y así le preguntaron muchas y difíciles cosas, a las cuales respondió espontáneamente *con grandísima agudeza de ingenio*, cosa que causó admiración a los más letrados de la universidad y a los profesores de la medicina y filosofía, *viendo que en un sujeto donde se contenía tan extraña locura como el pensar que fuese de vidrio, se encerrase tan gran entendimiento, que respondiese a toda pregunta con propiedad y agudeza*».

Fuera de lo subrayado, que huelga comentar, hemos de destacar de este párrafo cervantino unas líneas, para confrontarlas con otras de *El Examen de Ingenios*.

---

(26) *El Quijote*, II, 1.

## TEXTO DE CERVANTES

«Decía que le hablasen desde lejos, y le preguntasen lo que quisiesen, porque a todo les respondería con más entendimiento, por ser hombre de vidrio y no de carne; que el vidrio, por ser materia sutil y delicada, obra por ella el alma con más prontitud y eficacia, que no por la del cuerpo, pesada y terrestre».

## TEXTO DE HUARTE

«El entendimiento ha menester que el cerebro esté compuesto de partes subtiles y muy delicadas como atrás lo probamos de Galeno; y el mucho calor gasta y consume lo más delicado, y deja lo grueso y terrestre».

«Tener el cerebro la sustancia o compostura de partes subtiles y muy delicadas, dice Galeno que es la más importante de todas; porque queriendo dar indicio de la buena compostura del cerebro, dice que ingenio sutil es señal que el cerebro está hecho de partes subtiles y muy delicadas, y si el entendimiento es tardo arguye gruesa sustancia».  
(26 bis).

## V

Siguiendo nuestra exploración por los libros cervantinos, vamos sorprendiendo nuevas curiosidades. Una- es el ver cómo Cervantes puso en acción, al parecer conscientemente, una hermosa lección de fisiología de las pasiones, aprendida en *El Examen de Ingenios*. El capítulo 17 del tercer libro de *Los trabajos de Persiles y Segismunda* se inicia con la siguiente consideración: «La ira, según se dice, es una revolución de la sangre que está cerca del corazón, la cual se altera en el pecho con la vista del objeto que agravia, y tal vez con la memoria; tiene por último fin y paradero la venganza, que, como la tome el agraviado, sin razón o con ella, sosiega. Esto nos lo dará a entender la hermosa Ruperta, agraviada y airada...». Y nos lo da a entender Ruperta, o Cervantes por su medio, en la deliciosa narración de sus amores y de sus odios, una de las mejores páginas del *Persiles*, llena de vigor y de humor, no obstante el convencionalismo y la elegante palabrería de toda la obra. Hemos subrayado un inciso de la anterior cita: «según se dice». ¿Quién lo dice? No es esa una ciencia popular y difusa, sino propia de tratados especialistas. Aquel teo-

rema psicofisiológico, de donde recibe vida la narración subsiguiente, pertenece a la más privada cosecha del Dr. Huarte-su predilecta doctrina de la compenetración mutua e interacción de los elementos psíquico y somático en el ser humano, de que tantas muestras venimos viendo. Pongamos los textos frente a frente.

TEXTO DE CERVANTES

«La ira, según se dice, es una revolución de la sangre que está cerca del corazón, la cual se altera en el pecho con la vista del objeto que agravia, y tal vez con la memoria; tiene por último fin y paradero suyo la venganza, que como la tome el agraviado, sin razón o con ella, sosiega».

TEXTO DE HUARTE

«Si el hombre se pone a imaginar en alguna afrenta que le han hecho, luego acude la sangre arterial al corazón, y despierta la irascible, y le da calor y fuerzas para vengarse... Si alguno se pone a considerar y meditar la injuria que otro le ha hecho, luego sube el calor natural y toda la sangre al corazón, y fortifica la facultad irascible, y debilita la racionalu. (27).

Y esta es toda la dinámica de la conducta de Ruperta: avivar la imaginación de la injuria recibida, hacer entrar en funciones la sensibilidad y el sentimiento, provocar incluso una excitación orgánica, calentar su sangre (que diríamos en frase vulgar), a fin de no vacilar en la ejecución de venganza. No raras veces el novelista llama la atención del lector sobre la marcha del proceso psicológico en Ruperta o en otros personajes, como en Rubicón, cuando asaltó y dió muerte al esposo de aquélla: «Vió a mi señora—cuenta el enlutado—y su vista despertó el agravio que, a su parecer, se le había hecho, y fué de suerte que en lugar del amor nació la ira, y de la ira, el deseo de hacer pesar a mi señora; y como las venganzas de los que bien se han querido sobrepujan a las ofensas hechas...»

Mas aunque Cervantes puso como tesis únicamente. el mecanismo de la ira, en el desarrollo de la narración llevó más adelante la lección aprendida en Huarte. Este amplía la aplicación de la tesis a todas las pasiones; y pone nuevos ejemplos en el mirar personas hermosas o manjares jugosos, que entonces igualmente los espíritus vitales alteran o promueven unas u otras funciones somáticas, a favor de la dirección o ritmo que las imágenes les imprimen. Tal le acaeció a Ruperta, a quien se le frustraron sus

---

(27) *Examen*, cap. 3 (6), pág. 104-105; cap. 5 de la ed. de 1594 (sin correspondencia en la otra.)

sanguinarios intentos, trocándose por otros más risueños, si no menos apasionados. Porque, al descubrir el rostro de Croriano, el hijo de su ofensor, en quien iba a satisfacer su rencoroso enojo, «halló tanta hermosura, que fué bastante a hacerle caer el cuchillo de la mano, y a que diese lugar la consideración del enorme caso que cometer quería...; y en un instante, no le escogió para víctima del cruel sacrificio, sino para holocausto santo de su gusto». Por todo lo cual se ve—y lo verá mejor quien lea cuidadosamente los párrafos en que Ruperta provoca su propia irritación—que el inmortal novelista no realiza aquí tan sólo una dramatización implícita, sino una demostración explícita y refleja de una tesis, analizando él mismo la anécdota, y refiriéndola a la teoría.

Pasemos a otro punto. En las primeras páginas de este capítulo queda discutido el influjo de *El Examen de Ingenios* en la calificación de ingenioso impuesta por Cervantes al hidalgo Alonso Quijano. Vamos a ver cómo le encontramos asimismo en el concepto y vocablo de *ingenio*, y en el juego de ideas que con él se relacionan.

Dicho se está que *El Examen de Ingenios* se ocupa con predilección del análisis y definición de ese término. El cap. primero de la edición de 1594 «declara qué cosa es ingenio, y cuántas diferencias se hallan del en la especie humana». Y en ese capítulo, entre otros párrafos da eximia filosofía, encontramos, acerca de la definición de ingenio, éstos que hacen a nuestro propósito:

«Saber imaginar los nombres con la consonancia y buen sonido que piden las cosas nuevamente halladas, es obra —dice Platón— de hombres heroicos y de alta consideración. Como pareció en la invención de este nombre ingenio, que para descubrirla fué menester una contemplación muy delicada y llena de filosofía natural. En la cual discurriendo, hallaron que había en el hombre dos potencias generativas: una común con los brutos animales y plantas, y otra participante con las sustancias espirituales: Dios y los ángeles... Porque de la manera que, en la primera generación, el animal o planta da ser real y sustantífico a su hijo, no lo finiendo antes de la generación, así el entendimiento tiene virtud y fuerzas naturales de producir y parir dentro de si un hijo, al cual llaman los filósofos naturales *noticia* o *concepto*, que es *verbum mentis*... Supuesta, pues, esta doctrina, es ahora de saber que las artes y ciencias que aprenden los hombres son unas imágenes y figuras que los ingenios engendraron dentro de su memoria, las cuales representan al vivo la natural compostura que tiene el sujeto cuya es la ciencia que el hombre quiere aprender... Por donde es cierto que si el que aprende oyendo la doctrina de un buen maestro no pudiere pintar en su memoria otra figura tal y tan buena como es la que le van diciendo, que sin duda es estéril, y que no se puede empreñar, ni parir sino son disparates y monstruos» (28).

(28) *Examen*, cap. I de la ed. de 1594 (sin correspondencia en la anterior), pág. 41-43.

¿A quién no sorprenderá la concordancia de estos conceptos y aquellos con los que da principio el prólogo de *El Ingenioso Hidalgo*?

«Desocupado lector: sin juramento me podrás creer, que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el más hermoso, el más gallardo y discreto que pudiera imaginarse. Pero no he podido yo contravenir a la orden de naturaleza, que en ella cada cosa engendra su semejante. Y así, ¿qué podía engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mío, sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo, y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno, bien como quien engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo ruido hace su habitación? El sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espíritu, son gran parte para que las musas más estériles se muestren fecundas y ofrezcan partos al mundo que le colmen de maravilla y de contento.»

No es éste el único pasaje cervantino donde aparece la misma alegoría. La Duquesa—por ejemplo—echa en cara a don Quijote, «que nunca vuesa merced ha visto a la señora Dulcinea, y que esta tal señora no es en el mundo, sino que es dama fantástica, que vuesa merced la engendró y parió en su entendimiento, y la pintó con todas aquellas gracias y perfecciones que quiso» (29). Se nos hace más patente la concordancia si recordamos que el Dr. Huarte tiene en su obra un amplio y detallado tratado de eugénica, donde determina muy por menudo las condiciones favorables de lugares, climas, alimentos y otros supuestos eugénicos. Por reminiscencia de lo cual excusaba Cervantes la pretendida mala gracia de su engendro, por causa de las desdichadas circunstancias en que lo había concebido.

Aun añadiremos un pormenor muy curioso. Cuando Cervantes, dada cristiana y honrosa sepultura a su héroe, se despide de pluma, y la aconseja reprimir la osadía del escribir fingido y tor-desillesco, entre las palabras que la dicta una es que le diga no ser tal obra «*asunto de su resfriado ingenio*». ¿Por qué precisamente *resfriado*? ¿No será porque Huarte, señalando el temperamento seco y caliente como base de gran entendimiento e imaginativa, y el húmedo, de gran memoria, hace el temperamento frío incapaz y estéril para todo ingenio y toda producción racional? (30).

Cerraremos el capítulo con otro paralelo de textos, no menos curioso que los anteriores, y en materia que parece espontánea y típica de Cervantes, a saber, la divertidísima ingeniosidad con

(29) *El Quijote*, II, 32.

(30) *Examen*, cap. 5 (8), pág. 137, y passim.

que hace que el desbaratado hidalgo cambie nombres a su caballo, a sí mismo y su dama. Huarte de San Juan, tan insigne filósofo como escritor, prestó especial atención a la ciencia y arte de la palabra. Le preocupaba tanto su sonoridad como su significación; y quería «que la razón, al formar un vocablo, se comunicase con el oído, y mirase, no menos que a la naturaleza de la cosa, a la gracia y donaire en el pronunciar». Acabamos de leer «que saber imaginar los nombres con la consonancia y buen sonido que piden las cosas nuevamente halladas es obra de hombres heroicos y de alta consideración».

«Desta opinión de Platón—dice—fué un caballero español cuyo entretenimiento era escribir libros de caballerías, porque tenía cierta diferencia de imaginativa que convida al hombre a ficciones y mentiras. Déste se cuenta, que, introduciendo en sus obras un gigante furioso. anduvo muchos días imaginando un nombre que respondiese enteramente a su bravosidad y jamás lo pudo encontrar hasta que, jugando un día a los naipes en casa de un amigo suyo, oyó decir al señor de la posada: —Hola, muchacho, traquitantos a esta mesa (*trae aquí tantos*). El caballero, como oyó este nombre *traquitantos*, luego le hizo buena consonancia en los oídos, y sin más aguardar se levantó diciendo: —Señores, yo no juego más, porque ha muchos días que ando buscando un nombre que cuadrase con un gigante furioso que introduzgo en esos borrones que compongo, y no lo he podido hallar hasta que vine a esta casa, donde siempre recibo merced, (31).

Ahora no hay sino transcribir unos párrafos del capítulo primero de *El Ingenioso Hidalgo*, sin más comentarios.

«Fué luego a ver a su rocín, y aunque tenía más cuartos que un real, y más tachas que el caballo de Gonela, que *tantum pellis et ossa fuit*, le pareció, que ni el Bucéfalo de Alejandro, ni Babieca el del Cid, con él se igualaban. Cuatro días se le pasaron en imaginar qué nombre le pondría; porque—según se decía él a sí mismo—no era razón que caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él por sí, estuviese sin nombre conocido; y así, procuraba acomó-dársele de manera, que declarase quién había sido antes que fuese de caballero andante y lo que era entonces; pues estaba muy puesto en razón que, mudando su señor estado, mudase el también el nombre, y le cobrase famoso y de es-

(31) Examen, cap. 8 (10), pág. 207. Es curiosa la resonancia que dejó este nombre *Traquitantos* en la literatura contemporánea; no desmerece de su sonoridad. Uno de los sonetos que prologan los Sueños de Quevedo lleva el siguiente epígrafe: «Dialogístico soneto entre Tomumbeyo Traquitantos, alguacil de la reina Pantasilea, y Dragalvino, corchete». Este epígrafe, tan del aire cervantino, es como una nueva convergencia de Huarte y Cervantes. En la *Declaración de los siete Psalmos penitenciales, por el padre F. Pedro de Vega, lector de Theologia, de la orden de San Agustín, impreso en Çaragoça, año 1606*, fol. 5 v., col. A, encontramos las siguientes líneas: «También en los libros de cauallerías quieren sus autores ser otros Adanes. Para nombrar vn Gigante, andan inuentando nombres, que sus mismas sílabas pronunciadas parezca que van herizando los cabellos y mostrando la fiereza del layan, vn Traquitantos, vn Fierabrás, y otros tales: y para nombrar vna donzella, o dama, procuran que el mismo nombre sea delicado y melindroso: que el mismo vocablo vaya mostrando lo que significa».

truendo, como convenía a la nueva orden y al nuevo ejercicio que ya profesaba; y así, después de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó a hacer en su memoria e imaginación, al fin le vino a llamar *Rocinante*, nombre, a su parecer, alto, sonoro y significativo de lo que había sido cuando fué *rocín*, antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo».

Puesto nombre a su caballo y a sí mismo, discurrió y halló a quién dar nombre de su dama.

«Llamábase Aldonza Lorenzo, y a ésta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos; y, buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo, y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino a llamarla *Dulcinea del Toboso*, porque era natural del Toboso; nombre, a su parecer, músico y peregrino y significativo, como todos los demás que a él y a sus cosas había puesto».

Porque ilustra este punto, y revela además la fina penetración con que Huarte se apoderaba de historias o anécdotas, donde hubiera un sentido filosófico, o un rasgo caracterológico de individuos o pueblos, transcribiré una interesante anécdota por él contada, y que vale por un tratado acerca del carácter e ingenio de la nación francesa:

«La quinta cosa que honra al hombre es tener buen apellido y gracioso nombre, que haga buena consonancia en los oídos de todos, y no llamarse *majagranzas o majadero*, como yo los conozco. Léese en la Historia General de España, que viniendo dos embajadores de Francia a pedir al rey don Alonso el nono una de sus hijas para casarla con el rey Filipo su señor, que la una de ellas era muy hermosa y se llamaba *Urraca*, y la otra no era tan graciosa, pero tenla por nombre *Blanca*. Puestas ambas delante los embajadores, todos tuvieron entendido que echaran mano de la doña Urraca, por ser la mayor y más hermosa y estar más bien aderezada: pero preguntando los embajadores por el nombre de cada una, les ofendió el apellido de Urraca, y escogieron a la doña Blanca, diciendo que este nombre sería mejor rescebido en Francia que el otro» (32).

Y con esto damos fin a este estudio. Aun podría ampliarse el material de comparación con muchos pormenores (33). Pero lo adu-

(32) *Examen*, cap. 13 (15), pág. 320-321.

(33) No puedo omitir uno de ellos: una anécdota referida por Huarte a propósito de nacimientos y noblezas, la aplica Cervantes como acaecida al español Antonio en el *Persiles*. A este español, ya capitán y honrado en la guerra, le trata de *vos* un caballero muypreciado de su linaje; al cual en cambio el capitán le trata intencionadamente de señoría, no debiéndosele sino *merced*. Y maravillados de este segundo tratamiento los presentes, intérpreto el caballero diciendo que «el buen Antonio habla bien, porque me trata al modo de Italia, donde en lugar de *merced*, dicen *señoría*». Pero otra es la explicación del capitán, quien desahoga su pundonor irritado en esta forma: «Bien sé—dije yo—los usos y las ceremonias de cualquiera buena crianza, y el llamar a vuestra señoría señoría no es al modo de Italia, sino porque entiendo que el

cido creo que es suficientemente amplio y concreto para que nadie dude del influjo ejercido en Cervantes por el Dr. Huarte de San Juan. La inducción hecha recibe luz de las siguientes premisas: 1.<sup>a</sup>, las coincidencias señaladas son muy numerosas para poder ser casuales; 2.<sup>a</sup>, pertenecen a una materia científica que no cae dentro de la espontaneidad de un novelista, y 3.<sup>a</sup>, su contenido es tan peculiar del psicólogo navarro, que, al excluir más estrictamente aquella inventiva, no permite suponer derivación de otra fuente. En argumentos de esta índole, tampoco hay que buscar lo apodíctico en cada uno de los pormenores, sino en el conjunto. Nadie había de imaginar en Cervantes una imitación servil: la influencia recibida de Huarte es, aún más que material, formal. Fué categorizar su mente en modernas normas de pensar, abrirla a sutiles atisbos de caracterología, Ahondar su penetración psicológica, y fecundarla con rica vena de anécdotas y teorías.

Así *el Príncipe de nuestros ingenios* obtuvo, merced a *El Examen de Ingenios*, la plena fructificación del suyo: y sangre de esa genialísima producción corre por las venas de *El Ingenioso Hidalgo*. Si Cervantes, en la aplicación del calificativo a su héroe, fué o no consciente de su procedencia, ¿quién sabría ya averiguarlo? Salillas juzga muy bellamente que, en todo caso, el encabezamiento de la inmortal novela viene a constituir una dedicatoria del autor al inspirador. Este posee una gloria tan luminosa y fija, que no ha menester de ajenos reflejos. Mas tampoco es lícito privarle de los que a él naturalmente vuelven, como a su origen, de la luminosidad de la pluma cervantina.

M. DE IRIARTE

---

que me ha de llamar de *vos* ha de ser señoría, a modo de España; y yo, por ser hijo de mis obras y de padres hidalgos, merezco el merced de cualquier señoría; y quien otra cosa dijere—y esto echando mano a mi espada—está muy lejos de ser biencriado». (Cf. *Persiles*, libr. 1, cap. 5; *Examen*. cap. 13 (15), pág. 318.

Al principio dediqué un par de líneas al opúsculo de Salillas, del cual me he servido cuanto he creído útil. Allí dije lo que de él opinaba. Aunque difiero más de una vez de sus apreciaciones, no he pensado en discutir las; porque mi intento no era sino presentar una exposición positiva y llana de las más evidentes coincidencias de ambos insignes escritores, a fin de dar a conocer su interdependencia.